

SINFONÍA AZUL

EL PLATO DE CAPRICHOS

Humeaba la comida pobre sobre la mesa de manteles limpios, de la marmita, ancha de barro cocido, salsa un humo turbio y caliente; sabor de pescados, con aromas de especias y tan pronto lo notó el hijo mayor, hizo un gesto, una mueca impulsiva que era al mismo tiempo, desagrado, malestar, repulsión íntima.

¿Juan, por qué no comes? No tengo ganas, no me gustan los jureles, no me han gustado nunca.

Sentenció el padre enfurecido y solemne: «Está bien, has terminado tu comida de hoy, levántate y vete.»

Salió; la tarde templada, esplendorosa y azul, invitaba a la meditación, al paseo sosegado por los alrededores solitarios y agrestes. Andando por los campos enverdecidos y ubérrimos, su espíritu entristecido no participaba de la visión maravillosa del paisaje que era al mismo tiempo sensación de hermosura y prodigio de luz dorada y bendita con esa claridad portentosa de los cielos suaves del Mediterráneo.

Y andando, andando por las campiñas feraces de esmeralda, bruscamente le sorprendió el mar. Estaba tan quieto, tan apacible y en silencio, que él mismo que lo andaba buscando en un vago e impreciso anhelo de serenarse en la contemplación exáltica de sus aguas; se asombró de ver que aquella enorme masa líquida, yaciera allí mansamente a sus pies, tersa, cristalizada e inmóvil como una inmensa gema tallada en aristas azules de turquesa.

En la arena blanda, movediza y espesa se dejó caer suavemente con un renunciamiento infinito de todo su ser, cedía la arena a la presión de su cuerpo y él gozaba hundiendo los dedos, estrujando entre las manos aquel polvillo muy fino y caliente, que rebrillaba al sol con un falso parecido de oro.

En las lejanías remotas se divisó el balanceo de una barca, e inmediatamente la playita desierta se pobló de pescadores, de griterío de chiquillos, de murmullos de hombres.

Divididos en grupos, la faena empieza tirando de unas cuerdas muy largas que vienen del mar. Jadean los pechos en el esfuerzo y se quiebran las espaldas robustas; tensos los músculos, los pescadores van y vienen, rescatando a las aguas los cordeles interminables que no se acaban nunca. Vienen a menudo rodajas de corcho, las manos se aferran al esparto mojado y los hombres suspiran sin mirar atrás; queda aún mucho de «copo» y está la barquilla demasiado lejos.

Un pellejo inflado, renegrado y grotesco se mece sobre el mar cabeceante; van creciendo poco a poco las brazadas de cuerda apiladas sobre la arena en espirales enormes. Sudan, sus rostros quemados de sol, se contraen por el trabajo agobiador y monótono; los pies grandes, desnudos, deformados los besan las olas de la orilla, y se entierran hasta los tobillos en esa arena que ellos sienten en la piel sedeña y fría como una caricia.

Una hora, dos, otra más... ¿Cuanto dura la labor penosa de estos humildes trabajadores? Ni ellos mismos acaso se dan cuenta, emborrachados de fatiga, de cansancio y de sol.

«Hala, hala», la exclamación brota de sus labios, incesantemente, se animan los unos a los otros. «Queda ya poco», un esfuerzo más, el último; con él vienen las redes, arrastradas hasta la playa. Redobla el griterío de los muchachos y la mirada de los hombres que devoran las mallas no es ya reflejo de cansancio, sino de

emoción y de dolor súbito. El «copo» ha sido pobre, tan desgraciado y mezquino que casi resulta estéril, unos cientos de moluscos y entre los repliegues parduscos de la urdimbre pececillos, de vientres azulados y blancuzcos, «jureles», de los que Juan aborrece, pescados de los que él desprecia.

¡Señor, no era un crimen aborrecer y despreciar aquello que obtuvieron los pescadores a costa de tantas ansias. Pero como podía haber sospechado que los jureles que no quiso en la comida representaran horas seguidas, de rudas faenas, de penosa lucha. El remordimiento, vivísimo le traspasó el alma como una saeta que hiriera la más sensible de sus fibras.

La playa estaba otra vez desierta. Había sucedido al vocerío la calma y toda la quietud del ocaso, era paz, melancolía que se diluía en el crepúsculo.

Moria la tarde en un cielo de naranja y ámbar; los rayos de sol pálidos y lejanos eran estrías débiles de una suave coloración de oro viejo. Casi enterrado en la arena, olvidado de todos, el cadáver de un pececillo blanco y gordo yacía decapitado, y vuelto hacia arriba, como un símbolo.

Sin saber por qué, Juan fué hacia él y lo tomó. Al contacto de sus dedos, con las escamas frías, le asaltó el recuerdo de su casa, de la mesa pobre, de los manteles limpios y una angustia inexplicable le hizo estremecerse y llorar.

GÓMEZ DE TRAVECEDO

FARMACIA Y LABORATORIO QUÍMICO

Del Ldo. Don Pedro García Síles

Análisis químicos y bacteriológicos

Específicos nacionales y extranjeros

TABERNAS

(Almería)